

Mortuary Landscapes of the Classic Maya. Rituals of Body and Soul

Andrew K. Scherer
Austin, University of Texas Press, 2015

Mortuary Landscapes of the Classic Maya, obra del antropólogo estadounidense Andrew K. Scherer, consta de cuatro capítulos (“Los cuerpos vividos”, “Los cuerpos muertos”, “Ritual, liminalidad y espacio mortuario” y “El paisaje mortuario”), más de 220 imágenes (dibujos, planos, fotografías), una amplia bibliografía, un útil índice analítico y 291 páginas en total.

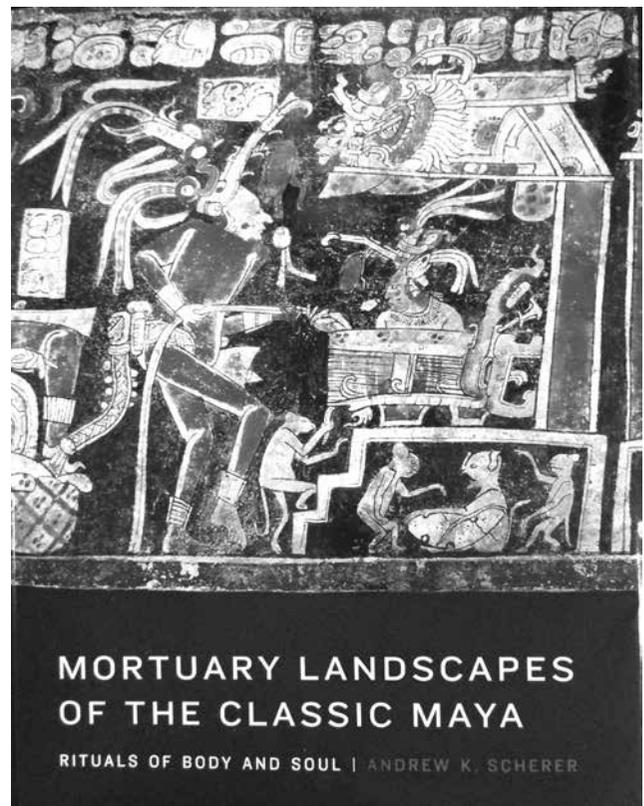
El autor tiene experiencia de muchos años en la excavación de entierros de varias ciudades prehispánicas y en el análisis de materiales óseos y ofrendas asociadas. Sus inferencias incluyen la comparación de temas asociados con festividades y ceremonias de varias comunidades tradicionales de Guatemala y México.

En el primer apartado leemos que los cuerpos son la historia acumulada de nuestra vida biológica y social. A través del análisis de los restos óseos obtenemos información sobre la dieta, salud e historia de vida de los mayas antiguos. También aprendemos de las modificaciones corporales ocurridas a lo largo de su existencia: deformación intencional del cráneo, mutilaciones e incrustaciones dentales.

No obstante, también es importante considerar cómo es que los mayas entendían el cuerpo. En este sentido, lo concebían como un contenedor de varias entidades o “almas” que, en conjunto, formaban el carácter de las personas. Para los mayas contemporáneos entender el alma es importante por varias razones, incluido el desarrollo de la niñez, el cuidado de la salud, la forma en que se comporta el individuo y cómo lo entiende la sociedad en la que vive. Las prácticas funerarias se realizaban no sólo para tratar al cuerpo tras su muerte, sino también para ayudar a su alma mucho tiempo después de que había finalizado su vida terrenal.

Reseña

En el segundo capítulo recordamos varios aspectos primordiales de la cosmovisión maya precolombina y cómo ésta formaba parte de la cotidianidad de los individuos. Todavía en nuestros días, la práctica ritual sigue vigente en numerosas comunidades, aludiendo a elementos como “postes” o árboles cósmicos. El ejemplo mejor conocido en México es la *Danza de los Voladores*, evento que incluye la plantación de



un poste por el que ascienden cinco danzantes y por el que descenderán sujetos por cuerdas.

Otro caso, poco conocido, es la colocación de un poste o madero largo en la plaza de la comunidad quiché de Momostenango, Guatemala, como parte de la fiesta de Santiago (25 de julio). En esa celebración, los danzantes, caracterizados como monos, jaguares y pumas (leones), ejecutan acrobacias en la punta del poste. La base del hoyo en el que se empotra el madero es dividida en cuatro partes usando copal y velas. No obstante, al entrevistar a los danzantes, la mayoría ignora o desconoce el significado de los elementos que forman parte de su actuación.

La muerte del cuerpo marcaba el inicio de un viaje para su alma (*och bih* / entrar al camino). La iconografía de piezas precolombinas incluye el uso de canoas como las representadas en los huesos del entierro 116 de Tikal, pero la Vía Láctea en la etnografía actual también es pensada como un camino. Diversos elementos de los ajuares funerarios indican que el inframundo era un lugar acuático, de ahí la presencia de elementos marinos como conchas y caracoles.

El fallecimiento era precisamente la apertura de un acceso a otra realidad, la entrada a un umbral ultraterreno en el que las almas iniciaban un recorrido. Ese viaje podía ser largo y peligroso, pero es interesante recordar que las vasijas que acompañaban a los difuntos solían contener bienes que servirían para saciar su hambre y su sed. El final del viaje parece haber tenido un destino estelar, una asociación con el sol o con las estrellas.

Pintar de color rojo los cadáveres de los grandes señores, ya con cinabrio (sulfuro de mercurio), ya con hematita (óxido de hierro), tenía el profundo significado del rumbo oriente, aquel por donde renace el sol a diario. A su vez, el calor estaba asociado con la reproducción. El fuego y la combustión son elementos regeneradores desde la perspectiva maya antigua; los ancestros eran alimentados con incienso; los campos son quemados a fin de prepararlos para la siembra. Por ello, los altos dirigentes eran identificados como *Kinich Ajaw* (Señor de Rostro Solar) e incluso llevaban ese apelativo como parte de su nombre: Kinich Yax Kuk Mo (Copán); Kinich Janaab Pakal y Kinich Kan Balam (Palenque), o Kinich Hix Chapat y Kinich Baaknal Chaak (Toniná), entre otros.

En el ámbito de la muerte había actividad. Por ello vemos esqueletos dinámicos, moviéndose o realizando diversas labores. Recuérdese, por ejemplo, el friso de Toniná, en el que la osamenta camina al tiempo que carga una cabeza cercenada. Además, numerosos esqueletos encontrados en diversos contextos arqueológicos presentan posiciones de los pies y de los brazos que podemos encontrar en diferentes re-

presentaciones plásticas, de modo que han sido interpretados como partícipes de una danza o de un ritual.

De hecho, en la visión maya del mundo los huesos humanos poseían un doble juego de significados. Por un lado representaban el trance mortal, el fin de la existencia. Pero en otro contexto constituían un símbolo de fertilidad, la promesa de nueva vida. Nos remiten aquí al pasaje del *Popol Vuh*, en donde la saliva de un cráneo embaraza a una joven.

Un tema de interés abordado en este segundo apartado es el tratamiento dado a los restos óseos. No sólo eran respetados y regularmente recordados mediante rituales. En algunos sitios también se les desenterraba y usaba para diversos propósitos. El altar 5 de Tikal es ilustrativo al respecto; en él se muestra a dos funcionarios de alto nivel tras exhumar los huesos de una dama noble que estuvo enterrada ocho años. Se ha sugerido que sus restos fueron limpiados y luego usados en una ceremonia de fuego. A muchos siglos y kilómetros de distancia, recordamos aquí la tradición familiar de limpiar los huesos de los parientes en los panteones de varios poblados del norte de Campeche, como Pomuch y Hecelchakán.

El tercer capítulo del libro de Andrew Scherer está dedicado al ritual, la liminalidad y el espacio funerario. Las tumbas mayas, fuesen de gente común o de la nobleza, eran espacios liminales, sitios de intensa actividad ritual relacionada con la separación de la sociedad y de quienes habían muerto. Eran ámbitos de partida de las almas hacia otra dimensión.

Para los hombres vivos, las tumbas eran lugares donde se mantenía el contacto con los espíritus de los fallecidos. Y así como toda comunidad estaba dividida en cuadrantes alrededor de un *axis mundi*, los espacios de enterramiento también participaban de esa cualidad: eran lugares centrales con una división cuadrupartita. Los rituales permitían establecer la relación con el otro mundo y la cultura material daba significado al paisaje funerario.

Los objetos depositados como ajuar funerario tenían también su propio simbolismo relacionado con los conceptos de vida, muerte y estatus del difunto. No eran colocados al azar; su materia prima, su cantidad, ubicación específica y características estaban pensadas en función de ese mundo ignoto pero intuitivo por los oferentes.

A lo largo del periodo Clásico, las valvas y los caracoles del mar eran relevantes en los rituales funerarios. Especial atención recibía la concha del género *Spondylus* por su intenso color rojo, evocativo de la vida, el calor, la sangre y el sol, así como por su asociación con el mar, justamente el lugar del diario renacimiento solar. En ocasiones, el interior de esas valvas era pintado con cinabrio, enfatizando así su calidad

sagrada. Dentro de esas conchas *Spondylus*, los mayas colocaban muchas veces piezas de jadeíta, entendidas éstas como semillas de nueva vida, reforzando así la idea de vitalidad, renovación y renacimiento.

Los espejos de pirita, hematita u obsidiana también fueron usados como parte del ajuar funerario en distintas regiones del México antiguo. Su reflejo invertido no sólo debió llamar la atención, sino también generar la idea de un espacio especial paralelo a la vida cotidiana. Según Scherer, muy posiblemente constituían portales solares por su fuerte brillo y concentración de calor. En Kaminaljuyú, las excavaciones arqueológicas del Instituto Carnegie reportaron 35 espejos en 11 tumbas del Clásico temprano. En Tikal, Piedras Negras y Bonampak (además de Chinkultic y Tenam Puente, según reporta Alejandro Tovalín Ahumada del Centro INAH Chiapas), también se han registrado espejos de pirita asociados a entierros.

En cuanto a la cantidad y la calidad de las vasijas depositadas para acompañar a los muertos, ello parece haber variado en función de los rituales practicados a la hora de la inhumación. Si bien la mayoría de los recipientes eran de cerámica, también se depositaron cuencos o jícaras de madera o de calabazos, pero su frágil naturaleza sólo en pocas ocasiones ha permitido su conservación. Las piezas de alabastro también han sido reportadas, como en los casos de Yaxchilán, Copán, Bonampak y Tikal, sumando a Tenam Puente de acuerdo con Tovalín Ahumada.

Las particularidades de los objetos y su estrecha relación con aquellos que habían fallecido debieron, asimismo, ser considerados para integrarse como parte del ajuar funerario y no dejarse a los familiares. Diversos reportes históricos y etnográficos indican que los muertos eran enterrados con sus más preciadas pertenencias, incluso algunos objetos eran dañados intencionalmente para evitar que causaran algún mal al difunto o a los vivos.

Este capítulo apenas toca algunos de los incontables temas del complejo simbolismo y actividad ritual vinculados a los espacios funerarios del periodo Clásico maya. Los lugares de enterramiento eran concebidos como entradas al inframundo, a cuevas y espacios acuáticos, pero al mismo tiempo como puntos de acceso a reinos celestes, a ámbitos donde moraban dioses y ancestros.

Es interesante comentar que desde el Preclásico, las tumbas mayas eran pensadas como espacios cuadrifoliados en los que se hallaban seres divinos y el Dios del Maíz. A su vez, la presencia de objetos marinos en esos contextos nos habla de superficies acuáticas adecuadas para el renacimiento del sol en el rumbo oriente.

El cuarto capítulo nos habla del paisaje funerario, ámbito en el que la posesión y veneración de los restos áridos de los ancestros no solo legitimaba la autoridad de los gobernantes o de las cabezas de familia, sino también su acceso a los recursos ambientales y sociales.

De hecho, la membresía familiar es ampliamente reconocida como una base legítima para reclamar la propiedad familiar. Empero, dado que el parentesco tiene muchas variables, entra en juego la negociación y la presentación de bienes, recursos o servicios que los deudos pueden aportar para el evento funerario. Ello dará unión al linaje y facilitará la realización de las exequias, pero también influirá en la posterior toma de decisiones de asignación de cargos y disfrute de posesiones.

El autor utiliza para este propósito información derivada de hallazgos arqueológicos procedentes de Cuello y Kaxob para el Preclásico, tiempo desde el que fue costumbre enterrar a los difuntos bajo las viviendas, en fosas simples o de poca inversión constructiva, y sin ajuares funerarios o con ofrendas sencillas.

Después presenta algunos casos reportados para sitios como Piedras Negras, Yaxchilán y Palenque, teniendo a Tikal como punto de comparación. Nos habla de la importancia simbólica del calor, del fuego y del sol en la cosmovisión maya, elementos básicos para entender el paisaje funerario del periodo Clásico. Si bien existieron diversas variantes en las distintas comunidades y reinos, del análisis de las tumbas se pueden establecer patrones comunes en todos los estratos sociales, de modo que altos funcionarios y pueblo en general estaban unidos por una práctica ritual compartida.

En Tikal y en otros sitios del Petén se ha registrado que algunas familias construyeron santuarios para sus muertos en el sector este de sus unidades domésticas. El rumbo oriental ha sido explicado como alegoría del renacimiento solar. Con el paso del tiempo, el depósito de más individuos y la añadidura de construcciones en esos santuarios incrementaron su altura. El hallazgo de áreas quemadas en los pisos asociados se ha interpretado como de uso ceremonial de fuego. Una situación similar parece haber ocurrido en los espacios habitacionales de Caracol, Belice.

La construcción de santuarios en algunas unidades domésticas y en otras no, posiblemente tuvo relación con las diferencias sociales que sabemos existieron dentro de las comunidades del periodo Clásico. Así, la veneración de los ancestros de la familia reinante tuvo su origen en el ámbito doméstico. Los cuerpos de reyes y reinas muertos fueron importantes para poseer y mantener autoridad. Colocados en pirámides monumentales y conmemorados con enormes

bloques de piedra con sus imágenes, los cuerpos reales poblaban los núcleos cívico-ceremoniales de las ciudades; el rey en turno legitimaba su presencia celebrando rituales que indicaban y fortalecían sus relaciones con los ancestros. De esa manera, la élite validaba la divinidad de su origen y parentela al tiempo que otorgaba legalidad a los sistemas de impuesto, tributos, festividades y organización de la sociedad.

Un elemento adicional que nos habla de rituales compartidos por los gobernantes y el pueblo común, es la orientación de las construcciones monumentales. Según Scherer, durante el Preclásico y el Clásico temprano había una amplia variedad de distribuciones con respecto al norte, pero a lo largo del Clásico tardío, en los sitios de la cuenca del Usumacinta, se ha registrado una alta frecuencia en la orientación siguiendo un desvío promedio de 30° respecto del norte y de los demás puntos cardinales (120°, 210° y 300°). En otras regiones indica desviaciones variables de 8 a 18° respecto a los rumbos cardinales. También anota que muchos de los entierros parecen haber sido depositados sobre el eje general este-oeste, es decir, sobre la senda marcada por el diario paso del sol.

En el epílogo leemos algunas experiencias del autor que compartimos: a través de los años hemos tenido la oportunidad de estudiar los depósitos funerarios y las ofrendas de varios sitios mayas. Ninguno ha mostrado ser idéntico, pero sí se han apreciado algunos patrones o semejanzas. De hecho, todos esos elementos tienen el potencial de ayudarnos a entender algo del antiguo pensamiento indígena. Incluso, las cistas vacías (o con enterramientos secundarios) aportan información, como la relacionada con el retiro de huesos y su posterior uso. La diversidad y la complejidad de las prácticas funerarias antiguas nos hablan también de la relevante red de relaciones que existía entre vivos y muertos.

Los materiales obtenidos de los entierros humanos pueden darnos luz acerca del estatus del individuo inhumado, de su género, edad y problemas de salud. Pero al mismo tiempo, quienes continuaban vivos debían lidiar con la inseguridad y la pena resultante del deceso. Se necesitaba enfrentar también la ausencia del pariente, del amigo o del funcionario.

Según Andrew Scherer, para los mayas del periodo Clásico había dos problemas básicos a resolver tras la muerte de un individuo: 1) el tratamiento de los cuerpos y 2) el de las almas. La mayoría de los cuerpos eran lavados y algunos eran embadurnados de rojo usando cinabrio. Eran cuidadosamente envueltos

en telas e incluso usando resinas; otros eran posiblemente vestidos con sus ropas cotidianas y luego depositados en el subsuelo. Ese enterramiento podía darse en varios lugares dependiendo del estatus sociopolítico: dentro de una simple fosa, en una cista cubierta con lajas, o bien, en un sarcófago monolítico dentro de una cripta.

Tras el entierro se requería hacer lo necesario para que las almas partieran y se incorporaran a su nuevo ámbito. El análisis de las sepulturas antiguas permite acercarse a escalas de tiempo que no son fácilmente accesibles en contextos arqueológicos como los cerámicos o los arquitectónicos. En un extremo de la escala temporal, los entierros pueden entenderse como “momentos en el tiempo”, es decir, eventos de muerte y enterramiento que representan días o semanas. Pero las inhumaciones también pueden profundizar de mayor manera.

Las osamentas pueden leerse como “osteobiografías”, como historias que revelan fragmentos de la vida y de la muerte de personas que vivieron hace muchos siglos. Además, podemos acercarnos a las tradiciones rituales que reflejan décadas o incluso siglos de prácticas compartidas.

Los contextos funerarios también hablan del futuro, al menos del porvenir pensado por quienes sepultaron al difunto. De ahí el depósito de ofrendas en las fosas de Jaina, en las cistas de Dzibilchaltún o los espléndidos ajuares hallados en construcciones monumentales como la Estructura II de Calakmul, el Templo de las Inscripciones de Palenque, el Templo del Búho de Dzibanché o las ofrendas funerarias tikaleñas.

Todos esos elementos son un testimonio del interés por perpetuar la memoria de quienes dejaron de existir. En otro contexto y a mucha distancia, la remoción de restos áridos previa al abandono de un pueblo nos indica el cuidado en la conservación del linaje, incluso cuando el lugar conocido desde siempre está por perderse.

La arqueología requiere de paciencia y otorga un premio a la perseverancia. Toma tiempo entender un lugar, a su gente y a sus costumbres, en especial si se trata de una sociedad rica, diversa y compleja como lo fue la maya del Clásico. Un deber ético también obliga a prestar atención a los esfuerzos de los colegas y de aquellos que nos precedieron. Por ello es relevante obtener más información revisando las viejas monografías, reportes e informes, además de todo aquello que se ha publicado.

Antonio Benavides Castillo
Centro INAH Campeche